

CNOSOS LA METAMORFOSIS DE UN PALACIO

JOAQUIN VAQUERO TURCIOS



Museo de Heraklión. Detalle del fresco del Mono Azul, procedente del palacio de Cnosos.

Aquel día, mil años antes del nacimiento de Cristo, soplaba un fuerte viento Sur. Parece increíble, pero es lo único que sabemos con toda seguridad acerca de la destrucción de Cnosos.

¿Un terremoto? ¿Un asalto fulminante y sangriento? Lo cierto es que aquellos pocos centenares de metros cuadrados que vieron el nacimiento y dos mil años de gloria de la primera civilización europea fueron arrasados de una manera brutal y repentina. Las llamas de un sordo incendio ennegrecieron de un humo denso y acre los espléndidos frescos y estucos de todos los muros del lado Norte, y bajo las columnas y las vigas quemadas quedaron ocultos durante treinta siglos los restos del palacio que vió el Minotauro.

La isla de Creta, anclada como una extraña nave en medio de todas las corrientes del Mediterráneo, ha llevado el polen de muchas civilizaciones cruzadas y ha dejado su impronta en toda la cuenca de ese mar a cuyos vientos dió el nombre. Todo es un enigma en Creta. ¿De dónde vinieron estos hombres de ojos orientales que desfilan en las procesiones de los frescos de Cnosos? Sabemos que son los Keftiu que representaron los egipcios ofreciendo regalos al Faraón, pero no sabemos de dónde procedían cuando llegaron a Creta. De Egipto se llevaron los jeroglíficos, pero introdujeron un cambio que denota una notable rebeldía mental. Los giraron todos noventa grados, poniendo verticales los ojos y acostando a los halcones. Luego inventaron su propio silabario, tan hermético que sólo parcialmente ha podido ser descifrado en nuestros días gracias a los esfuerzos de un aficionado, el arquitecto inglés Michael Ventris, que ha logrado leer el "linear B". Pero todo lo que han dicho las tabletas de arcilla es un árido y minucioso inventario de objetos.

No sabemos que este pueblo de marinos que extendió su "thalasocracia" hasta Troya haya tenido divinidades del mar. Y si Zeus nació en Creta y desde allí pasó a la Grecia continental, sólo los cretenses se atrevieron a decir que había muerto y a venerar su tumba en el monte Iuktá.

No sabemos si Mino fue un rey o el nombre de los miembros de una dinastía, o simplemente un título. Pero en los corredores y en las escalinatas del palacio conviven junto a él los fantasmas de Dédalo—una primera encarnación de Leonardo, que llegó a Cnosos pasando de un mecenas a otro y fue ingeniero y arquitecto del laberinto, inventor de la primera máquina voladora, matemático y artista—de Pasífae—la reina, de cuyos amores monstruosos nació el Minotauro—de Ariadna que sacó a Teseo triunfante del laberinto.

No sabemos por qué este brillante imperio, donde no había dioses terribles ni grandes templos, donde no existió el culto a los héroes ni a la guerra, sino sólo una alegre e intensa vida social y una feliz comprensión de la naturaleza, nos produce, sin embargo, un vago terror.

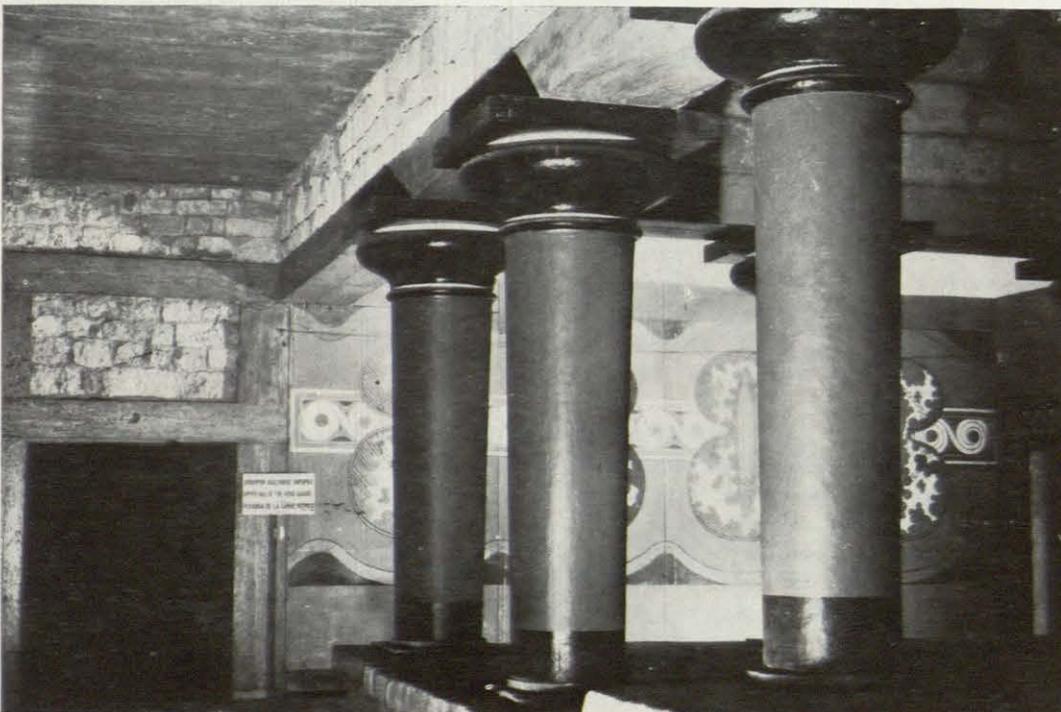
Los cretenses demuestran una verdadera admiración por el toro, que vive en las pinturas del palacio embistiendo en el campo, jugando con los acróbatas en las primeras corridas de la historia, mientras las damas de la corte asisten al espectáculo vestidas con algo muy parecido a las batas de cola andaluzas. Las pequeñas cabezas de toro con cuernos de oro, las cresterías que rematan todo el palacio nos sugieren una convivencia alegre con el animal. Por eso no se comprende el culto al instrumento del sacrificio, la doble hacha o "lábaro", que da nombre al laberinto y se yergue amenazante, de bronce, de oro, tallada en la piedra. Hay algo siniestro en estas mortales mariposas metálicas, agudas, angulosas, totalmente extrañas al mundo plástico minoico.

No sabemos siquiera para qué servían los llamados "baños lustrales" que existen en cada casa y en cada estancia importante del palacio y que tienen la forma de una piscina de inmersión a la que se desciende por una escalera en ángulo recto. Pero en el fondo de ellos no existe la menor señal de haber sido preparados para contener agua, cosa que hubiera sido muy fácil a los arquitectos de Mino, maestros de hidráulica. ¿Fueron acaso lugares de sacrificio a las deidades del centro de la tierra? ¿Debemos imaginar los restos descompuestos de los toros sacrificados, impregnando con su fetidez los misteriosos recintos decorados con delirantes pinturas de colores intensos y oscuros?

El Palacio, plasmado por la iluminada temeridad arqueológica de sir Arthur Evans, encarna la expresión tridimensional de todas esas extrañas tensiones internas.

Ante todo la silueta de las columnas, inseparable de su color. Luego el laberinto. Oscuros corredores, cámaras estrechas abarrotadas de ánforas gigantes, escaleras y patios, pórticos y habitaciones en cuyo suelo se abren fosos profundos, y más escaleras, y más corredores en ángulo desembocando en pozos de luz, y por todos lados las columnas brillantes, rojas como chorros de sangre, negras como espadas. Y los frescos con bandas ondulantes que nos envuelven haciendo moverse a los muros, y las plantas pintadas, que parecen temblar y se nos enredan. Hasta que de pronto, al penetrar en la que Evans llamó "la cámara de la reina", tenemos la primera revelación del palacio. Por el pozo de luz entra una claridad lenta y tamizada a la cámara, de un azul transparente, y encima de nuestras cabezas, pintados en los muros, giran los peces y los delfines alrededor de racimos de erizos de mar. Estamos sumergidos...

Todo toma su significado. El Palacio de Cnosos es una gran demora submarina, una gigantesca pecera real donde las algas llenan los muros pintados, donde el movimiento obsesivo de las ondas es el tema decorativo de cada muro, de cada vaso, de cada joya y hasta de los revuelos de las falgas de las mujeres. Las columnas ahora se nos convierten



Palacio de Cnosos. Vestíbulo llamado de la Guardia Real, en la gran escalera. Obsérvense en la pintura mural las decoraciones de olas y espirales.

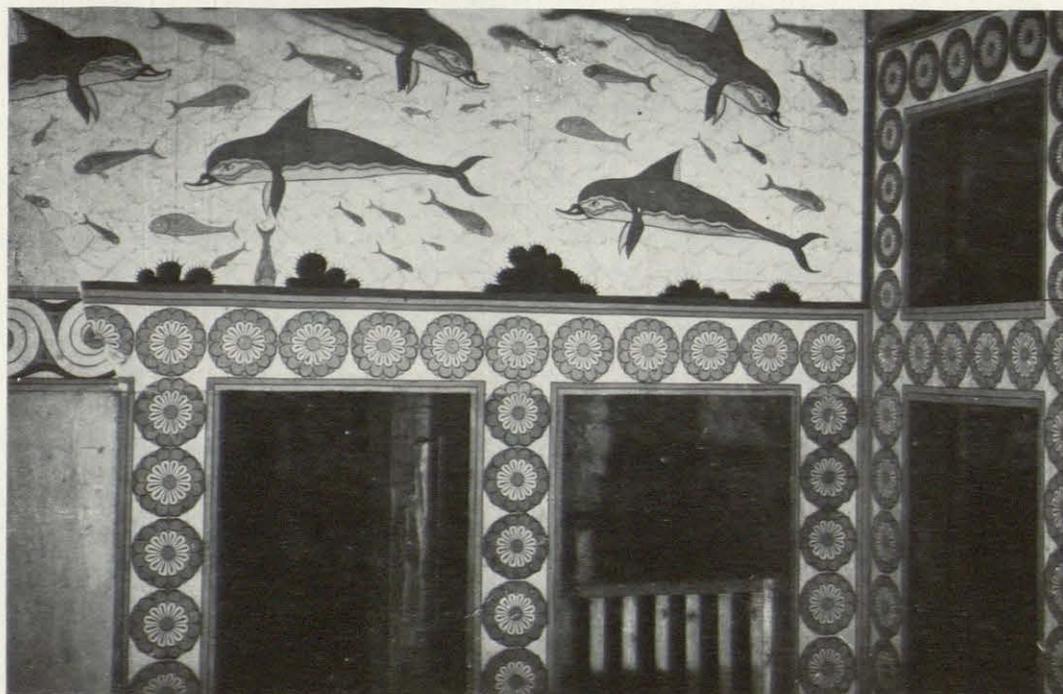
en tentáculos de pulpos gigantes, como los que decoran muchas de las grandes ánforas, y desde ese momento el buceo silencioso por corredores y galerías se nos hace comprensible.

Entre los frescos hay algunos que poseen una especial fascinación. Son aquellos en los que se representa un mundo de fauna y flora inventadas, como de un paraíso preterrestre donde las formas vegetales y animales fueran indiferentemente sólidas o líquidas y los colores volasen de unas a otras en milagrosas transfiguraciones. Ninguna lógica pictórica conocida podría aplicarse a tales composiciones. En vano buscaremos una relación con la pintura egipcia controlada por una sintaxis intelectual y rígida. Más cerca de Tarquinia por su espíritu naturalista comprendemos, sin embargo, en seguida el abismo que las separa. La etrusca es pintura de tumbas, donde placeres de este mundo se representan para acompañar a los muertos. Aquí en Cnosos se pinta para los vivos, pero las escenas, salvo raras excepciones, no son de este mundo. Son vitales, sí, una explosión de vida, pero aquellos monos color turquesa encaramados en formaciones de flores marinas, aquellas ondulaciones temblorosas de colores brillantes, aquellos immaculados lirios y quimeras blancos sobre un fondo de olas de sangre, tienen una tenebrosa o demencial procedencia metafísica. En toda la historia del arte solamente hay un instante en que algo parecido surge en otro sitio. Es en Egipto, mil cuatrocientos años antes de Jesucristo, en los días de la extraña aventura de Akenatón. El arte de las orillas del Nilo sufre de repente una sacudida. Sus formas endurecidas desde milenios se hinchan con una nueva savia y la mente abstracta de los constructores de pirámides parece delirar y tambalearse. Es entonces cuando encontramos pinturas hermanas de las minoicas. Pero su procedencia es muy clara. Creta sufrió por entonces uno de los colapsos que dejaron huella evidente en la carne de Cnosos, y un éxodo de prófugos cretenses buscó refugio en el vecino Egipto. La potencia de su arte iluminado, de aquella plástica drogada y embriagadora, hizo perder la cabeza a Egipto. Y los pintores minoicos fueron los pintores del Faraón solar, desapareciendo con él para siempre.

Rodeando el palacio, se llega al bastión Noroeste. Una escalera baja, doblando varias veces en ángulo recto, alcanzando dos o tres pequeños rellanos para perderse al fin entre las viñas, más allá del espacio recintado. A uno de los lados, un canalillo de un palmo de profundidad llevaba el agua escaleras abajo, en una pendiente muy pronunciada. Yo recordaba haber leído que en los ángulos de semejantes canales, los constructores de Minos habían encontrado las curvas parabólicas que, en el fondo de los canales, frenasen la velocidad del agua, impidiendo que ésta se desbordase. Allí estaban, documento humilde de una ciencia de siglos, de un entendimiento ancestral con el elemento líquido. En el rellano, el canal gira sobre sí mismo en una S de ángulos rectos y encuentra un pocillo donde se depositaban las suciedades arrastradas para que el agua continuase su curso tan pura como en lo alto de la escalera. Lo que me llamó la atención fué el inmediato parecido con la planta de algunos cuerpos del Palacio, y entonces el canal me ofreció otra revelación muy evidente. En Cnosos la luz está tratada como agua. Corre a lo largo de los corredores para caer en los pozos de luz y quedar allí a veces estancada y quieta y otras veces desaguar en amplias espirales hacia el centro de la tierra a través de los profundos y misteriosos "baños lustrales".

Espirales. La espiral del agua al llegar al pozo. Las espirales de los estucos. Las espirales obsesivas en las decoraciones murales. Las espirales en los recorridos del Palacio. Las espirales del descenso por la amplia escalinata de "el baño lustral". Con la espiral parece que hemos llegado al símbolo último de un mundo líquido, al símbolo de la Muerte y del más allá. Un palacio submarino donde los colores, las formas y los símbolos se identifican con el agua, donde los hombres se transforman en peces, las horizontales se ondulan y la luz fluye líquida por los antros oscuros para irse para siempre al centro de la tierra en una, en mil espirales.

Dice el mito que cuando Minos partió a la búsqueda de Dédalo en el viaje del que no había de regresar nunca más, llevaba en su mano un objeto. La leyenda lo describe perfectamente. Era una caracola espiral.



Palacio de Cnosos. Estancia de la reina. Obsérvese la decoración de espirales bajo otra superpuesta de flores y cómo peces que se salen de la escena pintada sugieren la continuación del mundo submarino.